

Número 1589 • Sábado 17 de octubre de 2026

Tres Mil

REVISTA CENTROAMERICANA DE ARTE Y CULTURA | FUNDADA EN 1990

Director: Otoniel Guevara | Subdirectora: Karen Ayala

“El mejor gobierno es el que **menos** gobierna”

Los cuatro jinetes del apocalipsis, Alberto Durero, 1498.



3-7 Fundador y adversario: Manuel José Arce Fagoaga
y Francisco Morazán Quesada • CARLOS CAÑAS DINARTE
7 Felices los normales • ROBERTO FERNÁNDEZ RETAMAR
8-9 Diáspora: Luis Cortéz-Santiago e Inés Melara • GREGO PINEDA
10 Emancipación • RAFAEL PAZ NARVÁEZ
11 ¿De qué sirve la iluminación? • MATHEUS KAR



Tres Mil

REVISTA CENTROAMERICANA
DE ARTE Y CULTURA
FUNDADA EN 1990

DIRECTOR
Otoniel Guevara

SUBDIRECTORA
Karen Ayala

CONSEJO EDITORIAL
Daisy Zamora
Óscar Flores López
Guillermo Acuña
Vladimir Baiza
Rudy Gomez

REFERENTES
Argentina **Marta Miranda**
Dominicana **Leonardo Nin**
Estados Unidos **Juana M. Ramos**
Francia **Carlos Ábrego**
Italia **Rocío Bolaños**
Panamá **Consuelo Tomás**
Paraguay **Norma Flores Allende**
Uruguay **Gustavo Wojciechowski**

COLABORADORES ESPECIALIZADOS
Francisco Alejandro Méndez †
Carlos Cañas Dinarte
Rafael Paz Narváez
Javier Fuentes Vargas
Gaetano Longo
Álvaro Mata Guillé
Matheus Kar
Alberto Pocasangre
Vladimir Amaya

COLABORADORES GRÁFICOS
Gonzalo Fraguí
Luis Galdámez
Ulises Palacios
Augusto Crespín
Isaías Mata
Eduardo Rodríguez

Revista TresMil
no se compromete a publicar
colaboraciones no solicitadas.

Publicamos textos exclusivos
de creación literaria, pensamiento
crítico y de rescate histórico
y literario, principalmente de temas
y autores centroamericanos.

PALABRAS

Gobiernos para empobrecer y **humillar** a los que trabajan

Recientemente, el régimen salvadoreño a través del Banco Central de Reserva anunció un ejército de 1400 personas para que visiten, desde las grandes ciudades hasta los caseríos más recónditos, para enlistar a quienes tengan sus pequeños negocios para clavarles a partir del próximo año un cóctel de impuestos y cargos, de tal manera que toda tiendita, pupusería, venta de verduras y emprendimientos diversos que hasta este año no han pagado impuestos tendrán que comenzar a tributar o se verán sometidos al cierre de sus micro empresas.

«Es para que haya más dinero y el gobierno haga más obras», dicen algunos, cuando es tan difícil encontrar una sola obra en estos ocho años que sea de beneficio para el país. De los proyectos más importantes o conocido que podemos mencionar está el desastre de la carretera de Los Chorrros, y las moles de la BINAES, el mausoleo morazánico y el mega estadio para 50 mil gentes (aún no entregado).

Lo de Los Chorrros es invendible. Millones y millones de dólares tirados a la basura (o al barranco), con el agravante de mantener una amenaza infinita de muerte para quienes se atreven a pasar por ese tramo. Lo demás es para inflar la imagen del mandatario atrayendo a miles de turistas que alucinan con tomarse selfis y comer carísimo.

El mejor gobierno es el que menos gobierna, afirmó hace unos 177 años Henry David Thoreau en su ensayo sobre la desobediencia civil, tan importante de leer en estos días.

El gobierno salvadoreño se ha convertido en un ejemplo mastodóntico de intromisión en cada asunto de la vida de los salvadoreños, desde su enjundia para eliminar a los vendedores informales hasta su zaparrastrosa necesidad de ordenar el peinado, el vestido y el hablado de los jóvenes, este gobierno ha construido un imperio del miedo, porque en lo económico no solo queda a deber, sino que muestra una total ineptitud para generar su propio sustento, recurriendo a vergonzosos préstamos y a lo más indignante: a sacar de la espalda de los pobres todos los dólares que pueda.

La decadencia del capitalismo es una realidad. La tremenda crisis económica, política, social y sobre todo moral por la que atraviesa Occidente no se va a resolver con guerras, y menos cuando la juventud del mundo (¡Vive la France!) ha resurgido indómita y valiente y se impone con su lógica humanista en París, Bruselas, Santiago, Lisboa, Milán, Bogotá, Madrid, Berlín, Nueva York, Buenos Aires, para mencionar algunas de las ciudades más importantes del globo.

Hay vientos de cambio en el mundo y este 17 de octubre, fecha de revolución, ha dejado sembrado un almárgo multiforme y diverso que debe ser el inicio de otro mundo, tras la destrucción de esta canallada que nos han impuesto para morir de hambre o vergüenza.

Nuestro correo:
administracion@revistaculturaltresmil.org

Fundador y adversario: Manuel José Arce Fagoaga y Francisco Morazán Quesada

Escribe: Carlos Cañas Dinarte

La historia de la República Federal de Centroamérica (1824-1839) suele contarse a partir de sus dos primeros presidentes, los generales Manuel José Arce Fagoaga y Francisco Morazán Quesada. Ambos procedían del campo liberal que había resistido la anexión al primer imperio mexicano, ambos creían (de maneras muy personales) en la unión de las cinco antiguas provincias del Reino de Guatemala y ambos hicieron de la espada un instrumento de la política.

Sin embargo, entre 1826 y 1832 sus caminos se cruzaron en el campo de batalla y de ese choque surgió una de las paradojas más agudas de la historia regional. El hombre que en 1824 dio forma al primer cuerpo armado del Estado del Salvador dirigió, desde la presidencia federal, la guerra contra ese mismo ejército y Estado, mientras que el caudillo hondureño que lo derrotó halló en las tropas salvadoreñas a la columna vertebral de su ejército.¹

Este breve ensayo examina las relaciones y los desencuentros entre los dos generales a partir de la historiografía académica disponible en español, inglés y francés. La tesis que manejo es que la ruptura entre Arce Fagoaga y Morazán Quesada no obedeció a un simple antagonismo de partidos, pues ambos compartían un origen liberal, sino más a dos maneras opuestas de entender la soberanía dentro de la Federación centroamericana. Una vez en la presidencia, Arce concibió la autoridad federal como un poder capaz de someter a los Estados. En



huesos en prisión.² Tras la independencia de 1821, encabezó la resistencia sansalvadorense contra la anexión a México. Las tropas que reunió no lograron detener al general imperial Vincenzo Filisola, quien ocupó San Salvador en febrero de 1823. Aun así, aquella campaña convirtió a Arce Fagoaga en símbolo de la autonomía salvadoreña y en un militar con prestigio en toda la región.³

Francisco Morazán

cambio, Morazán se presentó como defensor de la ley y de la soberanía estatal frente a lo que juzgó una usurpación. La trayectoria salvadoreña de la Legión de la Libertad, fundada por Arce en 1824 y vuelta contra su creador pocos años después, ofrece una clave para leer esa tensión.

Dos liberales en la independencia del Reino de Guatemala.

Manuel José Arce Fagoaga nació en una familia criolla de la ciudad de San Salvador en 1787 y participó en los movimientos de 1811 y 1814 contra las autoridades coloniales, episodios que le costaron dar con sus

Quesada, nacido en otra familia criolla de Tegucigalpa en 1792, pertenecía a una generación algo más joven y a una provincia periférica. Su formación fue autodidacta y su carrera inicial transcurrió en la administración hondureña. En 1824 ocupó la secretaría general del gobierno de Dionisio de Herrera, primer jefe de Estado de Honduras, fallecido en San Salvador y sepultado en el templo del Rosario.⁴ Nada indica una relación personal estrecha entre ambos personajes antes de 1826. Los dos pertenecían al mismo universo político de criollos de provincia que recelaban del predominio de la ciudad de

Guatemala y de sus grandes familias comerciantes, con el clan Aycinena a la cabeza de esa estructura dentro del Reino de Guatemala.

La académica Jordana Dym ha mostrado que la independencia centroamericana no produjo un pueblo soberano único, sino un mosaico de ciudades y provincias que reclamaban, cada una, su propia soberanía.⁵ Este punto resulta decisivo para comprender el conflicto posterior. La primera Constitución federal de noviembre de 1824 creó una república con un gobierno central débil, sin rentas suficientes y sin un ejército permanente distinto de las milicias de los Estados. La fuerza armada pertenecía a los Estados, por lo que quien controlara las tropas de uno de ellos poseía una carta de peso en el juego federal.

1824: Arce Fagoaga y la fundación del ejército salvadoreño.

Vinculado con otras familias independentistas del grupo autodenominado Los Americanos de San Salvador, el ya veterano excombatiente contra las tropas

imperiales mexicano-guatemaltecas Arce Fagoaga creó la Legión de la Libertad del Estado del Salvador, el 7 de mayo de 1824, como un cuerpo armado que la tradición militar salvadoreña reconoce como el origen de su ejército.⁶ La fecha conserva hoy un valor conmemorativo, ya que el Día del Soldado se celebra en El Salvador cada 7 de mayo, mientras que el monumento al soldado salvadoreño en la capital presenta a Arce como “primer soldado de la república y fundador de la Fuerza Armada de El Salvador”.⁷ La Legión nació de la experiencia de la guerra contra la anexión mexicana y tenía un propósito explícito, como era garantizar la existencia del nuevo Estado y su lugar dentro de la unión centroamericana.

Hacia fines de 1824 y por encargo de las autoridades federales, Arce Fagoaga condujo tropas salvadoreñas a Nicaragua para poner fin a la guerra civil entre León y Granada. La intervención reforzó su perfil de pacificador y le dio proyección regional en vísperas de la primera elección presidencial en el ámbito federativo.⁸ La Legión de la Libertad, en consecuencia, no fue solo una guardia estatal, sino también el instrumento que convirtió a un caudillo salvadoreño en candidato a la jefatura de toda la República Federal. Esa circunstancia explica la amargura del desenlace, ya que la fuerza que lo llevó a la presidencia federal sería la que, pocos años más tarde, le cerraría su camino político y militar.

De la presidencia federal a la ruptura (1825-1826).

Las elecciones de 1825 dieron al intelectual hondureño José Cecilio del Valle el mayor número de votos electorales, pero no la mayoría absoluta que exigía la Constitución. El Congreso federal resolvió la elección y, tras negociaciones en las que pesaron los diputados salvadoreños, designó presidente al general Arce Fagoaga, quien asumió el cargo en abril de 1825.⁹ El origen parlamentario de su mandato le restó legitimidad desde el primer día, una debilidad que Vicente Gómez

subraya al recordar que el sansalvadorense fue “electo por el parlamento y no en elecciones”.¹⁰

Instalado en la ciudad de Guatemala, sede del gobierno federal y del gobierno del Estado de Guatemala, Arce Fagoaga quedó atrapado entre fuerzas opuestas. Los liberales guatemaltecos, encabezados por los Barrundia, controlaban el gobierno estatal y desconfiaban de él. En cambio, la élite conservadora de la capital vio en el presidente un aliado posible. Thomas L. Karnes sostiene que, urgido de apoyo frente a las demandas y acusaciones de los liberales de las provincias, Arce Fagoaga “se relacionó con las familias de la élite, lo que aterrizó a sus patrocinadores originales”.¹¹ Por su parte, Mario Rodríguez interpreta la deriva del militar sansalvadorense como el fracaso de un proyecto político de corte moderado que pretendía situarse por encima de las facciones y que terminó prisionero de una de ellas.¹²

La ruptura llegó en septiembre de 1826. Arce Fagoaga ordenó la detención del jefe de Estado de Guatemala, Juan Barrundia, y poco después convocó un congreso extraordinario al margen de los cauces constitucionales. El vicejefe Cirilo Flores, refugiado en Quetzaltenango, murió a manos de una multitud en octubre de ese año.¹³ Para los gobiernos liberales de El Salvador y Honduras, el presidente federal había violado la soberanía de un Estado y se había convertido en agente del partido “servil”. Desde la perspectiva de Arce Fagoaga, la autoridad federal tenía la obligación de imponer el orden frente a gobiernos estatales rebeldes. Ahí se encuentra el núcleo del desencuentro posterior con Morazán Quesada, evidenciada en dos lecturas opuestas de una misma Constitución federativa.

El fundador contra su propia obra (1827-1828).

La paradoja que da sentido a este ensayo alcanzó su forma plena en 1827. El gobierno salvadoreño de Mariano Prado rechazó la



convocatoria de Arce y envió tropas sobre Guatemala. Aquellos soldados eran herederos directos de la Legión de la Libertad. Arce los derrotó en Arrazola, cerca de la capital guatemalteca, en marzo de 1827, y luego pasó a la ofensiva. El primer presidente de la Federación centroamericana invadió el Estado cuyo ejército había fundado tres años antes.¹⁴

La campaña reveló los límites de su poder. Las fuerzas federales llegaron a las cercanías de San Salvador en mayo de 1827, pero la resistencia de la ciudad obligó a Arce Fagoaga a retirarse. La guerra se transformó en un conflicto de desgaste. En su reseña del volumen coordinado por Arturo Taracena Arriola, José Santos Hernández Pérez destaca la investigación de Clara Pérez Fabregat, según la cual la región oriental de El Salvador fue “el territorio que aportó mayores recursos económicos, materiales y humanos”¹⁵ para esa guerra de defensa y resistencia. El ejército que Arce Fagoaga había creado para defender al Estado salvadoreño se sostuvo, en otras palabras, con el esfuerzo de la sociedad salvadoreña para resistir al propio Arce.

En ese mismo volumen, Pedro Taracena Arriola pregunta si el conflicto fue una guerra entre Estados o una “guerra de ciudades”, con movilizaciones, recaudaciones y discursos ligados a cada centro urbano.¹⁶ Esa lectura complica la oposición simple entre federales y estatales. San Salvador, Guatemala, Comayagua y Tegucigalpa defendían intereses propios, mientras que los generales actuaban como portavoces armados de esas comunidades. Desde esa óptica, los generales Arce Fagoaga y Morazán Quesada no solo encarnaban dos programas políticos distintos, sino también dos alianzas de ciudades.

A comienzos de 1828, desgastado por la falta de resultados, el general sansalvadoreño dejó el Poder Ejecutivo en manos del vicepresidente federal Mariano Beltranena. Su intento posterior de recuperar el cargo no prosperó, por

lo que la conducción de la guerra civil quedó en manos de las autoridades conservadoras de Guatemala.¹⁷ El retiro de Arce Fagoaga no detuvo el conflicto, sino que apenas le cambió a su protagonista.

Morazán Quesada y el Ejército Aliado Protector de la Ley (1827-1829).

El general Francisco Morazán Quesada entró en la guerra por la vía hondureña. En mayo de 1827, tropas federales al mando del coronel José Justo Milla ocuparon Comayagua y capturaron al jefe de Estado Lic. Dionisio de Herrera. Morazán Quesada escapó, reunió fuerzas y, el 11 de noviembre de 1827, derrotó a Milla en La Trinidad. Aquella victoria lo colocó al frente del gobierno hondureño y lo convirtió en la figura militar del bando liberal.¹⁸

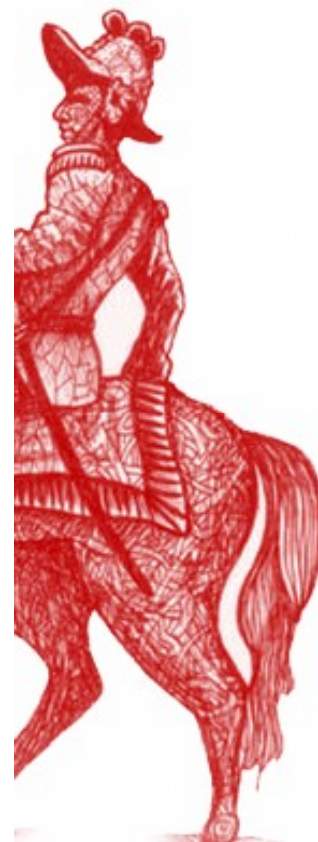
El salto decisivo ocurrió en El Salvador. En 1828, el general cruzó la frontera y asumió la conducción de las fuerzas salvadoreñas y hondureñas. En julio de ese año venció a las tropas federales en Gualcho y, en octubre, obtuvo la capitulación de la división federal que asediaba San Salvador.¹⁹ Las fuerzas aliadas adoptaron el nombre de Ejército Aliado Protector de la Ley, una denominación que condensaba el argumento de Morazán Quesada, en el sentido de que no combatía a la Federación, sino a quienes la habían pervertido. El núcleo de ese ejército procedía de las tropas salvadoreñas surgidas de la Legión de la Libertad. La institución que Arce Fagoaga había fundado en 1824 encontró en Morazán Quesada a su nuevo conductor y, por su medio, consumó la derrota de su creador.

Esa campaña militar culminó con el sitio de la ciudad de Guatemala, que capituló en abril de 1829. Morazán Quesada ordenó la detención de los principales dirigentes del régimen vencido y, en julio de ese año, decretó la expulsión de varios de ellos. Entre los desterrados figuraban el marqués de Aycinena y otros miembros destacados de la élite capitalina.²⁰ Ya fuera del poder federal, el general Arce Fagoaga

también tomó el camino del exilio hacia México. Desde entonces, Morazán Quesada sostuvo que la responsabilidad del conflicto recaía en su antecesor: “el Ex-Presidente Arce [...] fue el primer autor de la guerra civil, y de las desgracias que se han experimentado en Centro América por más de dos años”.²¹

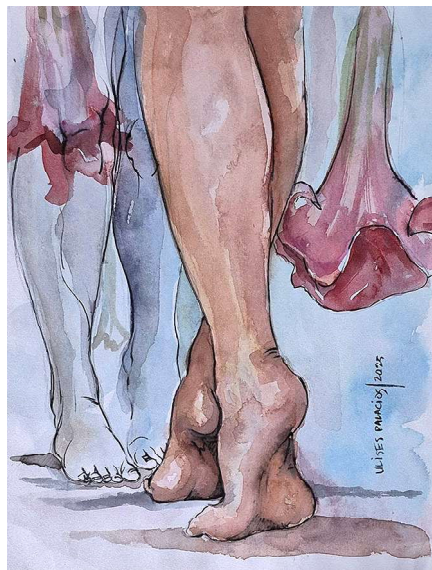
Exilio, memoria y revancha frustrada (1829-1832).

Desde México, Arce Fagoaga libró una batalla en dos frentes. El primero fue el de la palabra. En 1830 publicó su *Memoria de la conducta pública y administrativa*, cuyo subtítulo anunciaba el propósito, al ser una obra “escrita en defensa de las calumnias que contra su persona han vertido los mismos que se rebelaron contra el gobierno y la nación de Centro-América”.²² La inversión de los términos resulta reveladora. Para el sansalvadoreño, los rebeldes eran Morazán Quesada y sus aliados, mientras que él encarnaba la legalidad federal. Para Morazán Quesada, el rebelde era Arce Fagoaga, que había roto el pacto constitucional al



atropellar la soberanía de Guatemala. Los dos se disputaban el título de defensor de la ley.

El segundo frente fue el de las armas. Entre 1831 y 1832, Arce Fagoaga intentó regresar a Centroamérica desde territorio mexicano, en coordinación con otros enemigos del régimen liberal, como Vicente Domínguez en Honduras. Morazán Quesada, presidente de la Federación desde septiembre de 1830, respondió con una proclama en la que acusaba a “Arce y Domínguez que sólo pueden vivir en el desorden” de haber “formado el proyecto quimérico de revolucionar a los pueblos y destruir el sistema federal”.²³ La tentativa fracasó y Arce Fagoaga permaneció en el destierro durante más de una década. Gómez advierte que, en el vocabulario de Morazán Quesada, “revolución” designaba ante todo el levantamiento armado, el desorden y la conspiración, lejos del sentido progresista que la palabra adquirió tras la revolución francesa.²⁴ En ese léxico morazánico, Arce Fagoaga era el revolucionario, mientras que Morazán Quesada era el guardián del orden. A lo lejos, el populacho le atribuía ser el generador de muchos de los males de la región centroamericana, como ocurrió en 1835, cuando la erupción del Cosigüina, que le fue atribuida a las propias artes malignas del general hondureño.



La ironía final llegó después. Tras el colapso de la Federación, Morazán Quesada ejerció en 1839 la jefatura del Estado de El Salvador y condujo de nuevo a las tropas salvadoreñas, ahora contra Rafael Carrera Turcios. Fusilado en San José de Costa Rica el 15 de septiembre de 1842, no vio el regreso de Arce Fagoaga, quien volvió a El Salvador tras la muerte de su rival y murió en San Salvador en diciembre de 1847.²⁵ El fundador del ejército salvadoreño sobrevivió así al general hondureño que había hecho de ese conjunto armado la base de su poder regional.

Dos memorias en disputa

La historiografía ha reproducido el antagonismo. Edmond Konrad muestra que la tradición liberal, fijada por Lorenzo Montúfar en su *Reseña histórica de Centro-América*, elevó a Morazán Quesada a la condición de padre fundador de la unión y lo comparó con Washington y Bolívar, mientras que la escuela conservadora lo describió como un caudillo más inclinado a la aventura militar que al gobierno.²⁶ Dentro de esa disputa, Arce Fagoaga ocupa un lugar incómodo. Los liberales lo recordaron como el presidente que abrió la puerta a la reacción, pero algunos autores conservadores, como Marroquín Rojas, lo reivindicaron como el verdadero adversario del separatismo.²⁷

Catherine Lacaze, desde la historiografía francesa, ha estudiado la construcción del mito morazánico y sus usos políticos, en particular durante las conmemoraciones del centenario de su fusilamiento en 1942.²⁸ Su trabajo invita a separar al Morazán histórico del héroe nacional y, por extensión, a revisar la imagen de Arce Fagoaga como simple antagonista. Ralph Lee Woodward sitúa a ambos dentro de un mismo dilema estructural, como fue la incapacidad de las élites provinciales para construir un poder federal sin recurrir a la fuerza de los Estados.²⁹ En el caso salvadoreño, la memoria militar aún se aferra en conservar a Arce Fagoaga como fundador del ejército e ignorar sus ataques directos

en su contra, mientras que la memoria cívica centroamericana ha preferido a Morazán Quesada como símbolo de la unión. Las dos figuras conviven en panteones ideológicos distintos, aunque sus presuntos restos yazan a escasos cientos de metros en la capital salvadoreña, bajo ceremonias diarias de homenaje y custodia por parte de elementos del ejército salvadoreño.

Conclusión.

La relación entre los generales Manuel José Arce Fagoaga y Francisco Morazán Quesada no fue la de dos enemigos naturales, sino la de dos liberales que llegaron a conclusiones opuestas sobre el lugar de la fuerza en la república federal.

Arce Fagoaga fundó en 1824 la Legión de la Libertad para defender la soberanía salvadoreña y la unión centroamericana. Tres años después, como presidente de la Federación, lanzó a las tropas federales contra El Salvador en nombre del orden.

Morazán Quesada, que había iniciado su carrera en la administración hondureña, recogió el ejército salvadoreño que Arce Fagoaga había creado y lo convirtió en el instrumento de su derrota. Ninguno de los dos logró que la Federación sobreviviera. El desencuentro entre ambos revela el dilema que marcó a la Centroamérica de la posindependencia en sus primeras dos décadas, centrado en la dificultad de construir una autoridad común en una región donde las armas pertenecían a los Estados y la legitimidad política y social se disputaba siempre en el campo de batalla.

NOTAS

¹ Ralph Lee Woodward Jr., *Central America: A Nation Divided*, 3.^a ed. (Nueva York: Oxford University Press, 1999); Héctor Pérez Brignoli, *Breve historia de Centroamérica* (Madrid: Alianza Editorial, 1985).

² Woodward, *Central America*.

³ Mario Rodríguez, *The Cádiz Experiment in Central America, 1808 to 1826* (Berkeley: University of California Press, 1978).

⁴ Catherine Lacaze, *Francisco Morazán: Le Bolívar de l'Amérique centrale?* (Rennes: Presses universitaires de Rennes, 2018).

⁵ Jordana Dym, *From Sovereign Villages to National States: City, State, and Federation in Central America, 1759-1839* (Albuquerque: University of New Mexico Press, 2006).

⁶ Jorge Lardé y Larín, *Historia militar de El Salvador*, t. 1 (San Salvador: Ministerio de la Defensa Nacional, 2022).

⁷ “General Manuel José Arce”, inscripción del Monumento al Soldado Salvadoreño, San Salvador, 1984.

⁸ Rodríguez, Cádiz Experiment.

⁹ Woodward, Central America.

¹⁰ Vicente Gómez, “Revolución y guerra civil en Centroamérica: dos conceptos en el pensamiento político de Francisco Morazán”, *Diálogos: Revista Electrónica de Historia* 20, n.º 1 (2019): 34-55, <https://doi.org/10.15517/dre.v20i1.33630>.

¹¹ Thomas L. Karnes, “Central America, United Provinces of”, en *Encyclopedia of Latin American History and Culture*, 2.ª ed., ed. Jay Kinsbruner y Erick D. Langer (Detroit: Charles Scribner's Sons, 2008) y Thomas L. Karnes, *The Failure of Union: Central America, 1824-1960* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1961).

¹² Rodríguez, Cádiz Experiment.

¹³ Alejandro Marure, *Bosquejo histórico de las revoluciones de Centro-América*, desde 1811 hasta 1834, t. 1 (Guatemala: Imprenta de la Nueva Academia de Ciencias, 1837).

¹⁴ Marure, *Bosquejo histórico*; Woodward, Central America.

¹⁵ José Santos Hernández Pérez, reseña de *La primera guerra federal centroamericana, 1826-1829: Nación y estados, republicanism y violencia*, ed. Arturo Taracena Arriola, *Signos Históricos* 19, n.º 38 (2017): 214-19. Véase Clara Pérez Fabregat, “Apuntes socioeconómicos sobre la Guerra Federal de 1826 a 1829: la experiencia salvadoreña en clave regional”, en *La primera guerra federal centroamericana, 1826-1829: Nación y estados, republicanism y violencia*, ed. Arturo Taracena Arriola (Guatemala: Cara Parens / Universidad Rafael Landívar, 2015).

¹⁶ Pedro Taracena Arriola, “¿Guerra estatal o guerra de ciudades? Movilización militar, recaudación y discurso político, 1826-1829”, en Taracena Arriola, *La primera guerra federal centroamericana*.

¹⁷ Woodward, Central America; Karnes, *Failure of Union*.

¹⁸ Lacaze, Francisco Morazán.

¹⁹ Woodward, Central America.

²⁰ Gómez, “Revolución y guerra civil”.

²¹ Francisco Morazán, comunicación de 1829, en Carlos Meléndez, ed., *Escritos del general Francisco Morazán* (Tegucigalpa: Banco Central de Honduras, 1996), 80, citado en Gómez, “Revolución y guerra civil”.

²² Manuel José Arce, *Memoria de la conducta pública y administrativa de Manuel José Arce*, durante el período de su presidencia: Escrita en defensa de las calumnias que contra su persona han vertido los mismos que se rebelaron contra el gobierno y la nación de Centro-América (México: Imprenta de Galván a cargo de Mariano Arévalo, 1830).

²³ Francisco Morazán, proclama de 1831, en Meléndez, *Escritos*, 124, citado en Gómez, “Revolución y guerra civil”.

²⁴ Gómez, “Revolución y guerra civil”.

²⁵ Woodward, Central America; Lacaze, Francisco Morazán.

²⁶ Edmond Konrad, “Francisco Morazán en la historiografía de Centroamérica”, *Yaxkin* 25, n.º 2 (2009): 193-209; Lorenzo Montúfar, *Reseña histórica de Centro-América*, 7 vols. (Guatemala: Tipografía de El Progreso, 1878-1888).

²⁷ Konrad, “Francisco Morazán en la historiografía”.

²⁸ Lacaze, Francisco Morazán.

²⁹ Woodward, Central America

Felices los normales

Roberto Fernández Retamar

Felices los normales, esos seres extraños.

Los que no tuvieron una madre loca,

un padre borracho, un hijo delincuente,

una casa en ninguna parte,

una enfermedad desconocida,

los que no han sido calcinados

por un amor devorante,

los que vivieron los diecisiete rostros de la sonrisa

y un poco más,

los llenos de zapatos, los arcángeles con sombreros,

los satisfechos, los gordos, los lindos,

los rintintín y sus secuaces, los que cómo no, por aquí,

los que ganan,

los que son queridos hasta la empuñadura,

los flautistas acompañados por ratones,

los vendedores y sus compradores,

los caballeros ligeramente sobrehumanos,

los hombres vestidos de truenos

y las mujeres de relámpagos,

los delicados, los sensatos, los finos,

los amables, los dulces, los comestibles

y los bebestibles.

Felices las aves, el estiércol, las piedras.

Pero que den paso a los que hacen los mundos

y los sueños,

las ilusiones, las sinfonías,

las palabras que nos desbaratan

y nos construyen,

los más locos que sus madres,

los más borrachos

que sus padres y más delincuentes que sus hijos

y más devorados por amores calcinantes.

Que les dejen su sitio en el infierno, y basta.

—**Roberto Fernández Retamar**. Poeta, ensayista, crítico literario y presidente de la Casa de las Américas. Como presidente de la organización, Fernández también formó parte del Consejo de Estado de Cuba. Escribió más de una docena de importantes colecciones de poesía y fundó la revista cultural *Casa de las Américas*. En 1989, recibió el Premio Nacional de Literatura, el más importante de Cuba.

Diáspora salvadoreña en Canadá:

Colores de Luis Cortez-Santiago y poemas de Inés Melara

Escribe: Grego Pineda

Luis Cortez-Santiago e Inés Melara



Es maravilloso formar parte de un proyecto cultural tan prometedor como el presente. La exposición “Coloreando con palabras”, de los artistas salvadoreño-canadienses: Inés Melara y Luis Cortez-Santiago, ha tenido un crecimiento orgánico, primero expuesta físicamente en oficinas estatales de El Salvador y luego en espacios canadienses. Después se instaló online y ahora está evolucionando a una versión de libro impreso. Esto indica que todo lo bueno crece y vale la pena.

Es importante resaltar de cómo se ha esquematizado la propuesta estética, porque se aglutina en seis bloques con nombres tan representativos y sugestivos como: *Madre, Nostalgia, Ajniak Tutalyu, Historia, Alimento y Patria*, asignando un color de fondo particular. Desde ahí hay una intención de matizar el dibujo-pintura con los poemas,

expresiones con poesía a granel

En la producción ética y estética de la poeta Melara y del pintor-dibujante Cortez-Santiago, se advierte un compromiso ineludible con la salvadoreñidad, encarnando la naturaleza de la Diáspora salvadoreña diseminada por el orbe y que florece en Canadá, Estados Unidos, Italia, Australia, España, Alemania y más.

No es casualidad que la exposición inicie con el bloque “Madre” y termina con “Patria”, porque para Inés y Luis el Alfa y Omega de sus vidas está entre esos parámetros. La poeta habla a su madre Maru y con ella también terminamos extrañando y amando a la Maru del recuerdo, a la Maru poesía, a la Maru que todos hemos tenido ¡Benditas Marus! Y Luis dedica su obra a su amada madre Lichita, a quien tuve el privilegio de conocer en mi lejana juventud.

Por su parte, la poeta Luz Stella Mejía Mantilla, llamó a su Colombia natal “Matria”, y dijo: «Si fuéramos justos debería ser el país de la madre de uno. La tierra donde nacimos de nuestra madre, la que nos enseñó a querer con sus abrazos, la que aprendimos a añorar con sus recuerdos. El pedacito de paraíso perdido de nuestra infancia en su regazo». Pero Inés y Luis prefieren seguir hablando de Patria y está bien.

La muestra incluye un poema en náhuatl, traducido por Héctor Cárcamo, de la Escuela virtual de náhuatl TARK, de Alberta, Canadá. También el arquitecto Cortez-Santiago decidió expresarse a través del arte naïf, porque entiende y recuerda a su nación con la ingenuidad del niño que aún no está contaminado con el Mefistófeles que deambula por doquier.

Por su parte, Inés nos poetiza algo tan vital y sustancial en nuestra



Arte: Luis Cortez-Santiago

Arte: Luis Cortez-Santiago



identidad nacional: *La Tortilla*. Ella lo recuerda bellamente así: «Hermosa luna de masa / del maíz descendiente / eres sabor de mi raza / alimento de mi gente. [...] Hostia del hambre sustento / esperanza ovalada / del pueblo humilde alimento / eres diosa declarada / Bolita de masa cruda / el comal la trasforma / blanca redondez menuda / la necesidad conforma. / De la mesa eres el alma / del hambre luz y bombilla / de las barrigas la calma / bonanza eres tortilla». La poeta recuerda el Popol Vuh, libro sagrado de los mayas, que narra cómo los dioses nos crearon a partir de la masa de maíz.

Melara nos habla del gran Anastasio Aquino: «Con el barro y la milpa crecí [...] Aquel tiempo / cuando arrimados al conacaste / escuchamos la historia del indio que se coronó rey mientras los demonios dormían bajo el amate». Y su inspiración nos alegra cuando habla de *La Pupusa*: «Me preparan en aplausos [...] ya lista nunca voy sola / curtido viene y es grato / remojada en rica salsa / sabrosa llego a tu plato»

—**Grego Pineda**. Magister en Literatura Hispanoamérica, escritor de la diáspora salvadoreña en Washington D.C., abogado y notario de El Salvador.

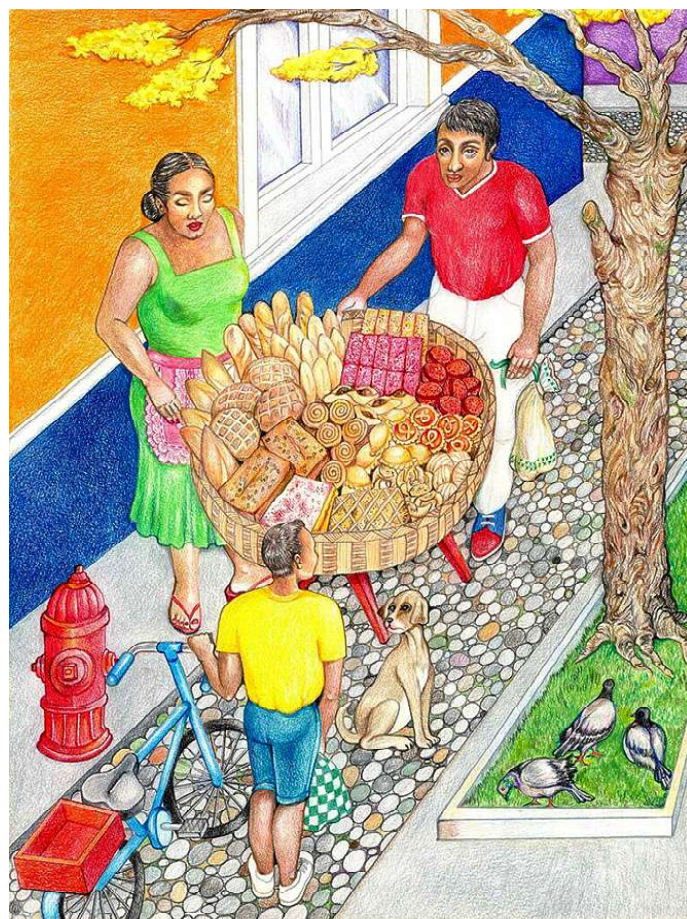
la idea del territorio nacional, se cocinan 15 pupusas, simbolizando los 14 departamentos y la quinceava que, alegóricamente, se refiere a la diáspora salvadoreña.

Luis reitera sus propuestas estéticas identitarias, porque hasta en el último rincón de sus dibujos

Cortez-Santiago, en comparsa estética, nos deleita con su gracia estilística, sensibilidad temática y gusto en la propuesta nacional. Por ejemplo, en “Pupusas”, advertimos una escena común en El Salvador, pero él vive en Canadá; dentro del comal, como

coloca elementos muy propios: el pan dulce, la cipota con flores de izote, el perro aguacatero, las palomas, el niño y su bicicleta, la mujer con delantal, el canasto con *pepereichas*, la semita, las quesadillas y el pan francés. Entre el empedrado de las calles cuasi rurales se le escapa lo canadiense: agrega un hidrante rojo, ¡ojalá en El Salvador!

Los textos e imágenes nos sumergen en la memoria colectiva, tanto en lo que hemos sido, en lo que somos y en lo que podríamos ser, porque el arte enaltece lo que ama y diluye lo que duele. Hablan del país que amanece día a día con nosotros, adonde sea que estemos, porque el salvadoreño radica en muchos lugares, pero siempre deposita sus recuerdos, sus anhelos y mejores aspiraciones, en el país que por pequeño que sea, alcanza hasta el último lugar del mundo.



Arte: Luis Cortez-Santiago

—Inocencia, sintaxis y olvido—

Emancipación

Escribe: Rafael Paz Narváez

José Martí, arte de Mario Fabelo



Con cuarenta y dos años murió en Dos Ríos, en aquel mayo de 1895. Cuba en guerra por su independencia. Martí nació en una colonia con esclavitud como institución y costumbre. Ese fue el mundo que encontró, sin elegirlo, ya estaba allí. Lo vivió, y le nació la conciencia para decidir qué hacer con su propia vida en ese mundo. Un mundo incómodo para un espíritu que se forjaría frente a la adversidad.

José Martí comprende temprano que la independencia de Cuba está más allá de derrocar al poder colonial. Reducido a prisión política aún adolescente. Después, el destierro. Pero crece, escribe, enseña, conspira. Viaja. Recorre países, conoce pueblos, examina gobiernos.



Independencia es pensar con cabeza propia. Lo dejó establecido.

En 1891 escribe *Nuestra América*. Un año después, está en la fundación del Partido Revolucionario Cubano. Revolución e independencia, emancipación. Saberse en el mundo y reunir las fuerzas capaces de transformarlo están en el mismo presente y cultivan el mismo futuro. Martí está allí.

Las ideas, por sí solas, no hacen lo que proponen. Es preciso decir y hacer, reunirse y caminar.

José Martí podía quedarse escribiendo desde Nueva York. Pero no. Se dedicó, por años, a reunir intenciones, provocar abrazos, estrechar manos, preparar una lucha. Ya estaba adentro, siempre estuvo adentro, decidió incorporarse.

Retornó a Cuba en guerra, nuevamente en lucha por la independencia. Algunas semanas después, el combate lo encuentra. Había cultivado rosas blancas, también para quienes buscaron herirlo. Cultivó con dedicación una vida inconforme con el mundo encontrado.

La independencia de Cuba se alcanzó. El imperio impuso condiciones. Terminó la dominación colonial española, llegó la Enmienda Platt. La república nació con la soberanía mutilada. Independencia, todavía no emancipación. Un paso. Historia. Vendrán nuevas generaciones de hombres y mujeres. Vendrá, de nuevo, la revolución.

Hay Martí. Un hombre encuentra un mundo que no ha elegido, lo comprende, lo repudia. Se decide a hacer. Los mundos que se heredan también se pueden cambiar. Hay decisiones, hay consecuencias. Se ha cultivado un árbol, se ha cultivado un bosque. Algunas sombras no llegará a conocer.

La historia continuó después de Dos Ríos. Llegó 1959. Cuba está. Continúa.

—offside—

¿De qué sirve la **iluminación**?

Escribe: Matheus Kar

«Viajé a dedo mil millas / y te traje / un vino», así reza uno de los haikus de Jack Kerouac. Kerouac, que viajó a dedo miles de millas, que tiró un cuchillo en el Río Hudson, que se robó a la novia de un amigo, que jamás guardó una licencia de conducir en su billetera, que se emborrachó con Ballantine Beer y Margaritas, que se reservó para sí mismo su propio apellido, que se sumergió en el fondo del pantano y con sus propias manos pescó, no una flor de loto, sino una copa de vino.

La Generación Beat —beatífica, como dice Kerouac en otro de sus haikus— popularizó el budismo. No es difícil hallar en poemas, novelas o ensayos las palabras dukkha, samsara, Nirvana o Parinirvana. Cuando se piensa en la Generación Beat, también se piensa en los hippies, en Eisenhower y en Kennedy. Pero el mandala estaría incompleto si no se mencionan las pastillas, el ácido lisérgico, la marihuana, el hachís. Kerouac, Burroughs y Ginsberg son la trinidad de una generación fallida, de una generación revolucionaria que mordió los cables de una maquinaria que no podía destruir.

Ya Thomas Pynchon critica y desmonta la Gran Farsa Hippie. Los Paz y Amor, al igual que los neopentecostales, fueron el gran trabajo interno de la CIA. La paradoja no son los pobres beatniks, sino los budas que pretendía

construir su escritura. ¿De qué servían todos los pétalos que Kerouac le arrancaba al Buda, si terminaba confundiendo el desapego con el nihilismo o el abandono personal? ¿De qué servía que Burroughs viera con cuidado la punta de su tenedor, si a oscuras se pinchaba con la aguja del desinterés absoluto? ¿De qué servía que Ginsberg se bebiera todos los pantanos del mundo para rescatar el máximo de flores posible, si luego su único compromiso era con Dumbo y los Elefantes Rosa?

A veces parece que esta Generación de Beatniks se extendió hasta la fecha, o más bien es un club de sociópatas que solo se conmueven cuando a sus opiniones les cae una bomba. Un club de budas que ha logrado distanciarse de los deseos, el odio y la ignorancia y que cuando algo te duele, te afecta o te conmueve, dicen: «Es tu problema: el mundo no es lo que te pasa, sino cómo te lo tomas». Más que un poema, acá encajan muy bien las palabras del gerente del banco en *El caballero de la noche*: «Te crees muy listo. [...] Antes los criminales tenían fe, honor, respeto. Mírate. ¿En quién crees? ¿Qué fe tienes?». La sorpresa es que los llamados iluminados de hoy no creen en nada; son esos que dicen, o que más bien se conforman con decir, «Nos han mentado». Y se quedan allí, sin hacer nada. En su trono de sabiduría frente a un reino de maldad. En su «Estamos condenados a la libertad», mientras nadie le pone límites a los Hombres Más Libres de Occidente.

¿De qué sirven los budas cuando el universo exige actuar? ¿De qué sirve un cerebro cuando solo puede pensar en corregir una fecha, el mal uso de un término médico o el abuso de algunos adverbios irregulares? Un sociópata es un iluminado que cree que la sangre es confeti que le saca a las piñatas, que el trauma saca la mejor versión de los hombres; un iluminado vendrá a decir que Ginsberg alguna vez salió a marchar, que alguna vez sostuvo una pancarta, que el escritor de esta columna se ha equivocado. Los budas modernos son como A en ese cuento de Bolaño («Una aventura literaria»), que fue incapaz de verse en las críticas de B. Pero también es B, que se retracta ante los elogios de A. Los budas modernos son incapaces de ver que estos párrafos nunca trataron de Kerouac.

«No importa si muero bebiendo / o imitando a Buda, / será igual de etéreo», dice el beatnik, y ay de aquel que no logre diferenciar entre verdad y retórica. Pero no todo es nihilismo; hasta un reloj descompuesto da bien la hora dos veces (decía mi abuela, aunque no era escritora): «Allen dice: “Cuando las personas / se vuelven religiosas, / comienzan a alimentar / a todo el mundo”». Lastimosamente, los beatniks nunca fueron religiosos: la cabalidad de unas cuantas reglas, sin duda, les habría evitado el fango de terminar trabajando para el Vendedor de Vinos.

Jack Kerouac, fumando.

